



## 1971. EL PSICOANÁLISIS FRACTURADO

Hugo Vezzetti<sup>1</sup>



En 1971 se producía una crisis inédita en la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA) con las renuncias de dos grupos, *Plataforma* y *Documento*.<sup>2</sup> La revista *Los Libros*, un órgano de la izquierda intelectual, daba cuenta de la significación política del acontecimiento y de las repercusiones públicas, por fuera de la organización profesional:

Hasta no hace mucho tiempo buena parte de los grupos profesionales cubrían sus expectativas dicotomizando su existencia: por un lado el ejercicio acrítico (apolítico) de su profesión y por otro— en el mejor de los casos— un compromiso político traducido casi siempre en aplicar sus firmas en periódicas declaraciones públicas.<sup>3</sup>

La acelerada radicalización política de la sociedad, sobre todo de las capas intelectuales y profesionales, alcanzaba a sectores de la comunidad psicoanalítica. Y sus contenidos y sus estilos mostraban la imbricación con una cultura intelectual de izquierda que atravesaba un momento de aguda transformación en el plano de las ideas y de las organizaciones. La vieja izquierda comunista, afiliada al Partido Comunista (PC), muy influyente en la psiquiatría desde los años cincuenta, terminaba desplazada por una nueva izquierda que impregnaba el

---

1 Licenciado en Psicología. Premio Konex 2016 y 2004. Fue decano normalizador de la Facultad de Psicología (UBA) durante la transición democrática. Profesor Titular Consulto de la Universidad de Buenos Aires e Investigador Principal (jubilado) del CONICET. hugo.vezzetti@gmail.com

2 Versión corregida de un trabajo ya publicado: “Psicanálise e marxismo: a fratura da Associação Psicanalítica Argentina em 1971”, traducción de Fernando Antonio Pinheiro Filho, *Tempo Social*, Revista del Departamento de Sociologia da Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas, Universidade de São Paulo, vol.21 n°2, noviembre de 2009.

3 *Los Libros*, n. 25, marzo de 1972, portada. La revista reproduce las declaraciones de *Plataforma* y *Documento* y artículos de Miriam Chorne y Juan Carlos Torre y de Germán García. Puede consultarse en <https://ahira.com.ar/revistas/los-libros/>

campo intelectual y universitario.

Marie Langer, fundadora de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA) y una de las renunciantes ofrecía su testimonio: “A nosotros, como institución, nos despertó el Cordobazo”.<sup>4</sup> En su palabra, el psicoanálisis nucleado en la institución oficial, habría permanecido aletargado hasta que las luchas sociales y políticas, en el escenario de radicalización abierto en la Argentina en 1969, operaron como el beso del Príncipe que en el cuento despertaba a la princesa. En verdad, la figura del súbito despertar oscurece el trabajo de indagar en las condiciones, intelectuales y políticas, de las fracturas que conmovieron no sólo al campo del psicoanálisis sino a la trama de relaciones que comunicaban la disciplina freudiana con las ciencias sociales y la cultura marxista. El psicoanálisis, incluso en sus formas institucionales, no era una isla, aunque algunos, o muchos, en una larga tradición, pudieran concebirse como separados de la escena política.

En principio, para despejar algunos equívocos, la radicalización de los psicoanalistas no había comenzado ni en el espacio recoleto de la institución ni tampoco, propiamente, en la “calle”. Y tenía sus antecedentes en una historia previa, que muy tempranamente, desde los tiempos de Freud, se había enfrentado con los problemas de la reunión posible, ideológica, con el marxismo o más en general con la cultura de izquierda. Dos problemas se presentan en el trabajo de elucidar la situación del psicoanálisis argentino en los tiempos de la fractura de la APA, hacia 1971. Por un lado, en una historia de más larga duración, la ruptura sacudía esa larga tradición de una “neutralidad” que se concebía como una suerte de extraterritorialidad del psicoanálisis respecto de los conflictos sociales y políticos. Por otro, en la historia más corta y circunscripta a la implantación del psicoanálisis en la Argentina, emergían las formas de la interacción con la cultura política y el espacio universitario y los cambios con los objetivos y valores que, en los años previos a la fractura, configuraban una sensibilidad genéricamente reformista. En el nuevo clima de los setenta, se reflataban los debates sobre la autonomía del psicoanálisis, como disciplina teórica y profesional, en una escena política cada vez más dominada por una voluntad revolucionaria.

La “neutralidad”. En verdad, el ideal de un movimiento apolítico tenía una tradición larga en el movimiento freudiano y se había puesto a prueba dramáticamente en Alemania en el período de ascenso del nazismo. La Sociedad Psicoanalítica Alemana había tratado de evitar su clausura mediante una serie de concesiones a las autoridades: en 1933, negoció la expulsión de Wilhelm Reich, un comunista perseguido por el régimen; en 1936, aceptó ingresar al Instituto Alemán para la Investigación Psicológica y la Psicoterapia (conocido como el Instituto Göring, porque su director era Mathias Heinrich Göring, primo de Hermann Göring) y para ello impuso la renuncia “voluntaria” de los miembros judíos. Ernest Jones, no judío, desde Londres estaba a cargo de esa negociación. Como es sabido, a pesar de todos los esfuerzos hechos para distanciarse de los estereotipos de la “ciencia judía”, incluso de los intentos de algunos de los psicoanalistas alemanes por mostrar que los descubrimientos freudianos (sobre todo en la psicoterapia y la clínica) eran compatibles con los dogmas del hitlerismo, la Sociedad Psicoanalítica Alemana fue clausurada en 1938. Sin embargo, el molde ideológico de la abstención frente a los tópicos de la política pública

---

4 M. Langer (comp.), *Cuestionamos*, Buenos Aires, Granica, 1971, p. 17.



permaneció inalterado.<sup>5</sup>

En la Argentina, desde los comienzos, la APA se ajustaba al modelo y se configuraba como una burbuja separada y ajena al campo político bajo el primer peronismo. La APA había nacido como una entidad que se proponía, siguiendo el modelo de la IPA y el mandato de Freud, nuclear y a la vez autorizar a los practicantes de la disciplina. Había alcanzado cierta consolidación y un moderado crecimiento durante el primer peronismo a partir, sobre todo, de las relaciones con el dispositivo médico y psiquiátrico. Un primer mercado de pacientes se había desarrollado por la propia dinámica de la formación (que obligaba a los candidatos a comenzar un análisis) y por las recomendaciones de los iniciados en esa experiencia. Un rasgo dominante, quizá una condición, de esa primera implantación, hasta los años sesenta, había sido la omisión de cualquier pronunciamiento sobre la escena política y los problemas en la sociedad. Era un tiempo muy poco acogedor para las ideas freudianas tanto en la universidad como en el dispositivo psiquiátrico. La mayoría de las primeras figuras del psicoanálisis compartía una opinión opositora, que era la de las clases medias intelectuales, pero la institución no se pronunciaba sobre programas o medidas de gobierno.

Nada cambió en la institución con la caída de Perón, en 1955 y hasta avanzados los años sesenta. Todavía en 1966 el golpe del Gral. Onganía es mencionado en la revista de la APA como la “circunstancia cambiante” que obligaba a cambiar la sede de un congreso convocado con anterioridad.<sup>6</sup> Pero en pocos años, desde 1966 a finales de la década, cede esa denegación de la política, al menos para algunos, y deja lugar a una escalada de radicalización que llega hasta la ruptura y extiende sus efectos sobre ese círculo psicoanalítico, cada vez más comunicado con la agitación contestataria que recorría la sociedad. Emilio Rodríguez, presidente de la APA en 1966 y uno de los renunciantes, llamó retrospectivamente “jaula dorada” a ese encierro defensivo en los rituales, las jerarquías y las prerrogativas de la organización.<sup>7</sup> La jaula no se abrió de golpe y en el acontecimiento crítico, dramático, recortado en el tiempo, se condensaban procesos más largos y se superponían diversas crisis.

La imagen ofrecida por Marie Langer en 1971, de un súbito descubrimiento de la política en las imágenes de las luchas en Córdoba, no se corresponde con un proceso que había comenzado antes y que tuvo actores, espacios y tópicos precisos. Pero, ciertamente, esa representación de una irrupción cruda de la política dramatizaba la conmoción que la fractura producía hacia el propio movimiento psicoanalítico.

*La fractura.* La crisis en la APA se precipitó en noviembre de 1971, con las renuncias de dos grupos, *Plataforma*, primero, y *Documento* después. *Cuestionamos*, la compilación realizada por Marie Langer, apareció ese mismo mes de noviembre. Había sido preparado antes de las renuncias: el prólogo de Langer no las menciona y está datado en octubre de 1971, pero

---

5 Sobre el psicoanálisis en Alemania durante el nazismo véase Bernd Nitzschke, “Psychoanalysis and National Socialism. Banned or Brought into Conformity? Break or Continuity?”, *International Forum of Psychoanalysis*, 12, 2003, p. 98–108. En: <http://www.werkblatt.at/nitzschke/text/nationalsocialism.html>

6 Enrique Carpintero; Alejandro Vainer, *Las huellas de la memoria, Psicoanálisis y salud mental en la Argentina de los 60 y 70*, Buenos Aires, Topía, 2004, I, p.317.

7 E. Rodríguez, *El libro de las separaciones*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, p.164.

ya anticipaba la ruptura. La fractura pública era el desenlace de un proceso previo de conflictos; además, los contenidos y los estilos mostraban la imbricación de zonas del discurso psicoanalítico con una cultura intelectual de izquierda que se encontraba en un momento de aguda transformación en un proceso que abarcaba también franjas importantes de un peronismo radicalizado, con base en la juventud (la JP o “tendencia revolucionaria”) y una adhesión muy amplia en los medios universitarios. El perfil ideológico de lo que en esos años empezó a llamarse “nueva izquierda” (castrista, guevarista, maoísta, etc.) y que abarcaba al nuevo peronismo juvenil, se afirmaba en la separación, o en la ruptura abierta, con las tradiciones del PC y del Partido Socialista.

*Plataforma*, el agrupamiento más politizado y el que abrió el camino, había nacido antes, como parte de Plataforma Internacional, un núcleo disidente dentro de la IPA, nacido en Roma, en 1969, en ocasión del XX Congreso Internacional. En sus declaraciones se vanagloriaba de haber sido el “primero en el mundo que se desgajaba de una asociación psicoanalítica por razones político–ideológicas.”<sup>8</sup> En efecto, por el número y la calidad de los renunciados (que incluía a una de las fundadoras, Marie Langer, a un ex presidente, E. Rodrigué y a cuatro didactas: Diego y Gilou García Reinoso además de Langer y Rodrigué) y por los motivos esgrimidos, no había antecedentes de una ruptura semejante en la historia del movimiento psicoanalítico internacional.

Las razones esgrimidas ponían el acento en la justificación política:

“Como científicos y profesionales tenemos el propósito de poner nuestros conocimientos al servicio de las ideologías que cuestionan sin pactos al sistema que en nuestro país se caracteriza por favorecer la explotación de las clases oprimidas, por entregar las riquezas nacionales a los grandes monopolios y por reprimir toda manifestación política que tienda a rebelarse contra él. Nos pronunciamos, por el contrario, comprometiéndonos con todos los sectores combativos de la población que, en el proceso de liberación nacional, luchan por el advenimiento de una patria socialista.”

Aunque denunciaba a la institución, la declaración rechazaba el reformismo: “queremos que quede claro que no nos impulsa grupal o individualmente ninguna intención más o menos reformista ni reivindicatoria intra–institucional”.

El otro grupo, *Documento*, planteaba una disidencia más apegada a la crítica de la institución, al menos inicialmente. Fernando Ulloa, una de las figuras destacadas del grupo, antes de la renuncia era director del Centro Racker (de “extensión” y asistencia externa de la institución) y había intentado cambios que fueron bloqueados por la dirección. Las diferencias internas se agudizaron y circularon en documentos que se intercambiaban con la Comisión Directiva, hasta llegar al de la renuncia pública, en parte precipitada por la ruptura previa de *Plataforma*. En su declaración pública, *Documento* impugnaba a la APA como “una empresa que lucha por la posesión monopólica del psicoanálisis” y que participa de un “sistema de

---

8 “Información del Grupo Plataforma”, *Los Libros*, 25, op. cit., p.8.



privilegios”. Inicialmente, entonces, la crítica se focalizaba en la “estructura interna, en que un reducido número de personas detenta, formalmente y de hecho, la totalidad del poder político”; y continuaba con la denuncia de “la instrumentación ideológica del psicoanálisis al servicio de la clases dominantes de nuestra sociedad.” Finalmente, terminaba también, como *Plataforma*, situando la decisión en el horizonte político de un cambio profundo en la sociedad:

“.. nuestra ruptura con la APA apunta al fortalecimiento del amplio movimiento integrado por individuos y grupos que, más allá de las diferencias tácticas circunstanciales, tiendan al rescate del Psicoanálisis poniéndolo al servicio de una meta compartida: el advenimiento de una Sociedad Socialista.”<sup>9</sup>

En la exposición de motivos que acompañaba la renuncia no faltaba la impugnación crítica a la APA: elitismo y conformismo, estancamiento en la formación y ritualismo en la lectura de Freud, encierro autocomplaciente y aislamiento del campo social, sometimiento económico. Es lo que se expone en el texto que Fernando Ulloa dedicaba al análisis de la institución. En él busca mostrar cómo entre el encuadre terapéutico y el orden jerárquico se establecía una relación de causalidad recíproca que alimentaba el autoritarismo, la intolerancia a la innovación y la parálisis del conocimiento.<sup>10</sup> Ese trabajo se destaca, además, porque es prácticamente el único de los publicados en *Cuestionamos* que no se obliga a introducir explícitamente el contexto extrainstitucional de las luchas sociales y políticas.

En ambos grupos se encarnaban críticas y búsquedas nacidas en los años anteriores, fuera de la APA, y que habían forjado una tradición innovadora a través, sobre todo, de las obras de Pichon Rivière y José Bleger. Se ponía en juego la dimensión teórica y las modalidades de formación en psicoanálisis y se denunciaba una concepción burocrática, cerrada a la relación del psicoanálisis con las ciencias sociales y a las innovaciones en las prácticas, por fuera del dispositivo establecido en torno del diván. La proyección del discurso psicoanalítico fuera de la organización corporativa se ligaba a una actitud radicalmente abierta de extensión y enseñanza. En la medida en que una de las impugnaciones rechazaba la pretensión del monopolio formativo por parte de la APA, un eje de la acción de los renunciantes debía dirigirse a la construcción de centros de enseñanza proyectados como una alternativa integral (teórica, política, institucional y pedagógica) al espacio que dejaban: tal fue el objetivo del Centro de Docencia e Investigación, que se convirtió en objeto de una lucha entre los dos grupos, finalmente zanjada a favor de *Documento*.

*Plataforma* se proponía permanecer como un grupo sostenido en acuerdos políticos (aunque las contradicciones internas estallaron inmediatamente) mientras que *Documento* no tenía un proyecto más allá de la decisión de separarse de la institución oficial. Pero los lazos entre los dos grupos eran estrechos en el plano del psicoanálisis y de las proyecciones

---

9 “Declaración del Grupo Documento”, *Los Libros*, id., p.6.

10 F.Ulloa, “Extrapolación del encuadre analítico en el nivel institucional: su utilización ideológica y su ideologización”, en M.Langer (comp.), *Cuestionamos*, op. cit., p.109.

ideológicas de la ruptura. Las declaraciones coinciden en proyectar su acción más allá de la institución y en el propósito de una verdadera refundación del psicoanálisis en el camino de una revolución socialista.<sup>11</sup> En ese sentido, la pertenencia a la asociación psicoanalítica pasaba a ser secundaria frente al compromiso político. Y en la medida en que la dirección fundamental del movimiento se orientaba hacia fuera, hacia un escenario de luchas en la sociedad, los pronunciamientos relegaban el debate sobre las funciones más específicas de una entidad psicoanalítica, a partir, no de las características de la organización que venían de abandonar, sino de los términos en los cuales el propio Freud había establecido el problema.

En el caso de *Plataforma*, la voluntad de un compromiso político terminó siendo la mayor fuente de conflictos. Desde 1972 la escena pública estuvo dominada por el proceso que culminó con las elecciones de 1973 y el triunfo del peronismo. Las contradicciones y alineamientos diversos entre la afiliación al peronismo revolucionario y las diversas opciones de las izquierdas terminó llevando al grupo a la disolución. Pero los conflictos estaban presentes desde el momento de la ruptura. En diciembre, a un mes de la crisis, se conoció la renuncia de Raúl Sciarretta al grupo. Sciarretta era un intelectual de izquierda, ligado al PC hasta mediado de los sesenta; era quien había introducido la renovación althusseriana del marxismo y varios de los renunciantes habían pasado por sus grupos de estudio.<sup>12</sup> En la renuncia pública denunciaba a “un sector de *Plataforma*”, que habría pretendido imponer un programa de actividades sin una discusión previa. El marco de la disputa era la creación de un centro de docencia, abierto a psiquiatras y psicólogos, en el marco del proyecto de una Coordinadora de Trabajadores de Salud Mental. El objeto de la disputa eran los lineamientos políticos y la dirección de ese emprendimiento, en un frente que terminó nucleando a miles de jóvenes profesionales, sobre todo psicólogos. *Plataforma* había hecho conocer un programa muy exhaustivo (“programa omnipotente” lo llamaba Sciarretta) y era acusada de buscar una posición hegemónica y sectaria. Sciarretta no ahorra calificaciones para referirse al grupo: “círculo de autodeclarados revolucionarios”, decía, que pretendía imponer “relaciones de intolerancia y superioridad” respecto del otro grupo, indiferentes a las luchas de candidatos que continuaban en la APA bregando por los mismos objetivos que precipitaron la ruptura. Los acusaba de “sectarismo” y “populismo” (“que tacha de cientificismo toda discusión teórica, con la falacia de que la teoría sólo se produce en la práctica política”); términos que, para Sciarretta, se sintetizaban en una “ideología infantil de izquierda”.<sup>13</sup>

11 Los términos son prácticamente idénticos: *Plataforma* habla de una “inscripción cualitativa y cuantitativamente distinta dentro del proceso social, económico y político nacional y latinoamericano”, y del compromiso con la lucha “por el advenimiento de una patria socialista”; *Documento* de la “reinscripción del psicoanálisis en condiciones diferentes” y del “servicio.. al advenimiento de una sociedad socialista” *Los Libros*, op. cit., pp. 5 y 6–7.

12 Sobre la trayectoria de Sciarretta ver Horacio Tarcus (dir.), *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*, Buenos Aires, Emecé, 2007, pp.616–617. Ariel Viguera, “Las enseñanzas de Raúl Sciarretta en la universidad de las catacumbas”, *Revista de Psicología*, Universidad Nacional de La Plata, vol. 13, 2013. En <https://revistas.unlp.edu.ar/revpsi/article/view/1118>

13 R. Sciarretta, carta pública del 14 de diciembre de 1971, mi archivo. Agradezco a Mariano Plotkin que me facilitó este material.



*Genealogías: Bleger y la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.* En el tiempo corto de la ruptura actúan procesos más largos. Por una parte, en Buenos Aires, la creciente implantación del psicoanálisis en la cultura intelectual, en la universidad y en las instituciones de la salud mental. Por otra, en el plano internacional, un movimiento de contestación inédito que nacía en Europa (entre Ginebra y Milán) y emergió en el congreso internacional de la IPA, en Roma, en 1969.

En Buenos Aires, hacia mediados de los sesenta, el psicoanálisis había hecho ya su camino de expansión e implantación en la universidad y en la cultura intelectual. El freudismo había tenido, en su despliegue global, dos vías de implantación, médica, por un lado, intelectual y literaria, por otro; y mostraba la capacidad de apelar a los dos públicos. En la cultura de Buenos Aires, una primera condición de la crisis nacía con esa ampliación que ponía en cuestión la recepción puramente médica. Es cierto que el psicoanálisis se redefinía en dirección a los problemas de la salud mental pública, en las nuevas experiencias de inserción hospitalaria; pero también lo hacía en la interacción con los discursos que renovaban la filosofía y las ciencias sociales en el espacio universitario y el campo intelectual: sartrismo, marxismos, sociología y antropología, semiologías aplicadas a diversos objetos. Consiguientemente, el desplazamiento del psicoanálisis a la esfera pública, fuera del encierro en la organización, se produjo en dos ámbitos interconectados: la universidad (la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA) y el dispositivo de la salud mental, sobre todo el Servicio de Psicopatología del Hospital de Lanús, creado y dirigido en esos años por Mauricio Goldenberg. En esos dos espacios se procesaba una reorientación de la disciplina psicoanalítica. Directa o indirectamente, las ideas de Pichon Rivière y de Bleger, inspiraban los proyectos de reforma de un campo “psi” que interconectaba psiquiatría, psicología y psicoanálisis. Dos figuras muy activas del grupo *Plataforma*, que fueron además los nexos con el movimiento internacional, Armando Bauleo y Hernán Kesselman, eran discípulos de Pichon y de Bleger. Bauleo era un médico psiquiatra que hacía su formación en la APA: era miembro del PC como Bleger y trabajaba con él en la Carrera de Psicología de la Facultad de Filosofía y Letras. Kesselman también era psiquiatra y candidato en la APA y fue uno de los participantes más activos en la experiencia de transformación psiquiátrica y psicoterapéutica que se desplegó en el Servicio de Goldenberg en Lanús. También era docente en la Carrera de Psicología, en una materia dictada por Goldenberg. En ellos, puede decirse, se muestra ese cruce de figuras y de espacios públicos que estuvieron entre las condiciones menos inmediatas y quizá menos visibles de la crisis de 1971.<sup>14</sup>

Bleger ocupaba, en los sesenta, la posición de un intelectual faro de un psicoanálisis crítico, abierto a las tradiciones intelectuales de izquierda y a un horizonte social para el despliegue de la disciplina freudiana. Era un psicoanalista de la segunda generación, formado con Pichon Rivière; también era, desde muy joven, miembro del PC y había planteado, sin mucho éxito en la institución oficial, el debate sobre el encuentro posible del psicoanálisis

---

14 Bauleo tuvo además una participación muy importante en la experiencia de comunidad terapéutica desarrollada, a fines de 1968, en un servicio del Hospital Alejandro Korn de Melchor Romero, el asilo psiquiátrico cercano a La Plata. Ver Mauricio S. Chama, “La expansión de los límites de lo posible. El itinerario de una experiencia innovadora en la salud mental a fines de los 60”, en Alfredo Puciarelli (ed.), *La primacía de la política. Lanús, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Buenos Aires, Eudeba, 1999, p. 29.

con el marxismo. Había publicado *Psicoanálisis y dialéctica materialista*, en 1958, una obra que se proponía intervenir críticamente a la vez en el psicoanálisis y en la cultura intelectual marxista. Se inspiraba en la obra temprana de Georges Politzer y en autores franceses que ya habían explorado esa aproximación. El libro tuvo un impacto evidente en el ámbito del PC: fue discutido por psiquiatras comunistas y por los cuadros intelectuales del partido. Como consecuencia, Bleger fue separado de la organización hacia 1962. En cambio no tuvo ninguna repercusión en la institución psicoanalítica, que lo ignoró.<sup>15</sup> Bleger se había propuesto, en el clima de ideas y la sensibilidad reformista del posperonismo, una acción renovadora que tuviera efectos simultáneos pero diferenciados sobre el universo doctrinario del comunismo y sobre la disciplina freudiana. Pero no apuntaba a una integración “freudomarxista” sino a una suerte de fermento recíproco que respetara la autonomía de los dominios del sujeto psíquico y la formación económico-social. Hacia 1971 el clima de ideas había cambiado; a la expansión de la disciplina freudiana fuera de la APA se agregaba el fermento de una radicalización política movilizadora del campo intelectual y universitario. Marie Langer, en el texto que se convirtió en el paradigma de la ruptura, de algún modo refutaba a Bleger: el psicoanálisis mismo debía reconvertirse en herramienta de la transformación revolucionaria de la sociedad.<sup>16</sup>

En la Carrera de Psicología se había desarrollado el mayor experimento de “desinstitucionalización” del psicoanálisis y Bleger había sido su promotor más destacado. Como profesor, con apoyo estudiantil, había establecido las coordenadas de un proyecto de extensión (y al mismo tiempo de revisión) del psicoanálisis que buscaba una doble legitimación: por un lado, la legitimidad de una inscripción académica, por otro, una nueva legitimidad social para un psicoanálisis orientado a abordar los problemas de la salud mental pública en estrecho contacto con las ciencias sociales, afincadas en la misma sede académica.

La Facultad, y sus adyacencias, había sido el espacio de esa configuración discursiva y sus transformaciones. También fue el espacio de un encuentro de Freud y Marx que estuvo a cargo de Leon Rozitchner, una iniciativa de estudio y formación autónoma y diferente de la de Bleger.<sup>17</sup> Emilio de Ipola testimonia los encuentros y desencuentros que se producían en el ambiente de Filosofía y Letras entre Rozitchner, Oscar Masotta y Raúl Sciarretta: entre ellos se cruzan diversas recepciones (Sartre, Merleau-Ponty, Marx y, pronto, Lévi-Strauss y Althusser) y los tres van a cumplir un papel decisivo en la fisonomía del nuevo psicoanálisis en las siguientes dos décadas.<sup>18</sup>

Me detengo en el panorama de la Facultad de Filosofía y Letras porque de allí, y de sus prolongaciones en los grupos de estudio que se consolidaron fuera de ella después de 1966, van emerger los nuevos maestros formadores de los psicoanalistas disidentes, sobre

15 J. Bleger, *Psicoanálisis y dialéctica materialista*, Buenos Aires, Paidós, 1958. Ver, A. Dagfal, op. cit, cap.6. H. Vezzetti, *Psiquiatría, psicoanálisis y cultura comunista. Batallas ideológicas en la Guerra Fría*, Buenos Aires, Siglo veintiuno editores Argentina, 2016, cap.4.

16 M.Langer, “Psicoanálisis y/o revolución social”, *Cuestionamos*, op. cit., p.268.

17 Rozitchner dictó un seminario “Freud y Marx”, entre 1964 y 1966; también empezó en esos años con sus grupos de estudio privados que se incrementaron después de la intervención a la Universidad.

18 Ver Emilio de Ipola, “Mi amigo Leon”, *Lote*, 46, abril de 2001.



todo los ya mencionados Rozitchner y Sciarretta. El ascenso de esa enseñanza se produce paralelamente a la declinación de la estrella de Bleger. La Facultad fue, también, el espacio del encuentro de la nueva sensibilidad de izquierda con las visiones de un peronismo reconvertido, a través del ejemplo cubano, a la causa de la revolución. Kesselman da cuenta de un itinerario ilustrativo del camino que hicieron otros: considerado uno de los “delfines” de Bleger (el otro era Bauleo), con quien se formó en la APA, analizado por Marie Langer, se había incorporado muy tempranamente a la experiencia de Goldengerg en el Hospital de Lanús y a la Carrera de Psicología, en un curso dictado por el mismo Goldenberg. Durante varios años, se formó simultáneamente con Bleger y con Rozitchner, hasta que tomó contacto con William Cooke, los pensadores nacionales (Juan José Hernández Arregui, Arturo Jauretche, etc.), se comprometió con la CGT de los Argentinos y con una militancia barrial que terminó en la incorporación a la Juventud Peronista.<sup>19</sup>

El golpe de 1966 y la intervención violenta sobre la universidad, conocida como “La noche de los bastones largos”, puso un abrupto final al proyecto de una nueva reconfiguración del psicoanálisis, a partir del espacio universitario y con un horizonte de extensión a la sociedad. Además, para muchos parecía la clausura de las salidas reformistas y marcó el comienzo del ocaso de Bleger, que ya venía siendo cuestionado por los psicólogos que se habían formado con él. Los nuevos aires que barrían el campo intelectual y el discurso de la filosofía y las ciencias sociales, englobados un poco abusivamente bajo el rótulo del estructuralismo, implantaban nuevas ortodoxias, distanciada del pluralismo que había caracterizado las enseñanzas de Pichon y Bleger. Y atacaban esa empresa en los dos terrenos que Bleger había puesto en relación, el marxismo y el psicoanálisis: Althusser y Lacan eran los emblemas de lo nuevo que pretendía liquidar las corrientes humanistas y los abordajes fenomenológicos que habían dominado esa trama de lecturas y relaciones, entre la filosofía, el psicoanálisis y las ciencias sociales.

*La escena política.* Para una historia, que aquí sólo puedo esbozar, de la radicalización izquierdista de los psicoanalistas, no alcanza con señalar las condiciones más generales en la sociedad ni las transformaciones ideológicas que se produjeron en las figuras más conocidas, como Langer y Rodrigué. Se hace necesaria una mirada más apegada a las vicisitudes de ese círculo nucleado en torno de Bleger. Con él se habían formado en psicoanálisis y se habían iniciado en el marxismo (en una actividad que en parte había sido paralela al currículo de la APA) y con él habían participado de la experiencia docente desplegada en la universidad. Además, en la formación del complejo discursivo que habilitaba las relaciones con la política y con la cultura intelectual de la nueva izquierda hay que considerar el papel cumplido por Rozitchner y Sciarretta, que tuvieron en sus grupos de estudio a varios de los renunciantes de 1971.<sup>20</sup> El golpe de 1966 parecía dinamitar las ilusiones de quienes pensaban, a partir del trabajo en la universidad, que era posible una vía reformista de compromiso con el cambio social y la agenda política de la izquierda. Para muchos, la irrupción de la dictadura era la confirmación de una verdad que ya estaba instalada en el discurso de los

---

19 H. Kesselman, entrevista personal, 29 de junio de 2009.

20 M. Langer menciona sólo a Sciarretta en el “Prólogo”, *Cuestionamos*, op. cit., p.14.

núcleos revolucionarios: clausurado el programa de un cambio social y político pacífico, lo que se instalaba, después de Cuba, era el imaginario de la revolución y la opción por la lucha armada. Esa reorientación en la sensibilidad de las izquierdas, que incluía al peronismo universitario, se va a consolidar y extender en el clima abierto con el Cordobazo y la crisis del régimen que desembocó en la destitución de Onganía.

La primera renuncia pública, que involucró a varios de los psicoanalistas críticos, se produjo, entonces, en la Facultad de Filosofía y Letras después de la “noche de los bastones largos”. Sin embargo, para Bleger, que nunca cedió a las tentaciones del voluntarismo revolucionario, no desaparecía el objetivo de mantener un programa de formación e investigación abierto a los estudiantes y los graduados. Hacia 1968, ya fuera de la universidad, reunió a varios de los psicoanalistas que van a formar un núcleo activo de los renunciantes (Bauleo, Kesselman, Rafael Paz, Gregorio Baremlitt, Miguel Matraj, Eduardo Pavlovsky y otros) en un grupo de estudios sobre psicoanálisis y marxismo; de allí surgió la iniciativa, finalmente frustrada, de formar un Instituto de Psicología Social.<sup>21</sup> Hacia fines de los sesenta se profundizaba una radicalización que se cumplía diversa pero convergentemente en varios de los protagonistas y que progresivamente iba a hacer prevalecer la razón política sobre la lógica específica de la disciplina. Bleger quedaba desplazado en ese curso de acción. En poco tiempo, varios (como ya se expuso en el caso de Kesselman) se volcaron a un compromiso militante con las organizaciones de la nueva izquierda.

Traigo un ejemplo de la superposición de prácticas y de espacios, entre la salud mental y la militancia: Carlos Olmedo, uno de los fundadores de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), casado con Isabel Goldenberg, hija de Mauricio, trabajaba en el Hospital de Lanús, en el equipo del Programa de Psiquiatría Comunitaria que dirigía Kesselman. Olmedo, Antonio Caparrós (ex psiquiatra del PC y profesor en la Carrera de Psicología), Roberto Quieto y otros formaron, en la Facultad de Filosofía y Letras, en 1966 y antes del golpe de Onganía, un grupo de apoyo a la guerrilla del Che en Bolivia. A fines de ese año viajaron a Cuba a recibir instrucción militar pero el proyecto se frustró tras la muerte del Che y el grupo decidió organizarse como una guerrilla urbana, las FAR, que comenzó a actuar en 1969.<sup>22</sup>

En el grupo *Plataforma*, aunque no todos tenían una relación directa con las organizaciones revolucionarias, existía esa voluntad de una definición militante del compromiso político. Allí residía el fundamento de una lucha que no podía reducirse ni a la crítica de las ideas ni a la búsqueda de reformas dentro de la institución. El horizonte era la transformación revolucionaria de la sociedad y el núcleo duro del compromiso se ponía a prueba en la

21 Rafael Paz, entrevista personal, 2 de junio de 2009.

22 Sobre la presencia de Olmedo como “asesor epistemológico” del equipo de Psiquiatría Comunitaria en Lanús ver E. Carpintero; A. Vainer, *Las huellas de la memoria*, op. cit, I, p.106 y nota 45, p. 110. Las biografías de Olmedo y de Quieto en Horacio Tarcus (dir.), *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*, Buenos Aires, emecé, 2007, pp.466–468 y 539–541. Las FAR iniciaron sus operaciones en junio de 1969, con el incendio de trece supermercados Minimax en Buenos Aires, en repudio a la visita de Nelson Rockefeller. Esa acción no fue firmada por la organización que se dio a conocer públicamente con el copamiento de Garín en julio de 1970. Olmedo murió en un enfrentamiento el 3 de noviembre de 1971, la misma noche en que se decidía y firmaba la renuncia colectiva a la APA que fue presentada al día siguiente.



posición general favorable a la vía armada. Esa es la configuración ideológica e imaginaria que se precipitaba en esos años: la eficacia directa de la acción ejercía una fascinación sobre muchos que, aunque no estaban dispuestos a tomar las armas, reconocían la superioridad heroica del combatiente, a partir del modelo del Che. Aunque no hay casos conocidos de psicoanalistas incorporados a la acción guerrillera, se consolidaba en sectores del mundo intelectual y universitario el patrón de un curso impuesto por una vanguardia decidida, una suerte de “foquismo desarmado”, para tomar una expresión que Rubén Caletti acuñó para esa configuración revolucionaria.<sup>23</sup>

Cambiaba la idea misma del *compromiso* respecto de los parámetros del primer Sartre. Es lo que puede verse en una entrevista publicada en *Nuevo Hombre*, la revista del peronismo revolucionario, en agosto de 1971: el viejo faro de la intelectualidad crítica ya no es el que ingresaba en las revistas literarias de los sesenta o en los análisis de Masotta sobre Roberto Arlt. Sartre se reunía con Fanon, anunciaba una situación revolucionaria y se disculpaba porque, a los 65 años, la opción por las armas ya no estaba a su alcance.<sup>24</sup> Paradojicamente, en esa reconfiguración del sartrismo hacia los motivos de la revolución en el Tercer Mundo dominaba un fuerte componente antiintelectual que terminó imponiendo un sello a la radicalización de la nueva izquierda.

En esta historia no se ha reconocido suficientemente la posición y las acciones de los protagonistas más jóvenes, comprometidos desde antes con una práctica militante. Eran habituales los cruces entre la actividad profesional, la docencia en la Facultad de Filosofía y Letras, los nuevos espacios de intervención pública en el campo de la salud mental y las primeras redes de la militancia revolucionaria. En octubre de 1968, en el Tercer Congreso Nacional de Psicología en Rosario, por primera vez había emergido una división por motivos ideológicos, que llevó a la reunión del “Primer Encuentro Paralelo para la Revisión Crítica de la Psicología”.<sup>25</sup> Armando Bauleo integraba la comisión formada a partir de ese encuentro. Él y Kesselman escribían en los *Cuadernos de Psicología Concreta* y compartieron la experiencia universitaria hasta 1966 aunque siguieron trayectorias diversas pero convergentes en el proceso de radicalización política. Bauleo había dejado el PC, pero conservaba una identidad de izquierda marxista y militaba en la villa miseria de Retiro. Kesselman, militaba en la juventud peronista, en Berisso y Ensenada, y formó parte de la redacción de *Nuevo Hombre* desde su creación en julio de 1971, junto con figuras conocidas del peronismo revolucionario, como Dardo Cabo, Rodolfo Ortega Peña y Eduardo L. Duhalde.<sup>26</sup>

---

23 Me ocupo del tema en H. Vezzetti, *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*, Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2009, caps. 2 y 3.

24 “Sartre habla” entrevista de John Gerassi, *Nuevo Hombre*, n° 4, 11–17 de agosto de 1971.

25 Ver *Cuadernos de Psicología Concreta*, 1, 1969, p. 43.

26 Sobre el trabajo de Bauleo en la villa de Retiro ver A. Bauleo (comp.), *Los síntomas de la salud. Psiquiatría social y psicohigiene*, Buenos Aires, Editorial Cuarto Mundo, 1974, p.2. Bauleo era, en 1965 y 1966, JTP de la cátedra de “Psicohigiene”, a cargo de Bleger: Volnovich, uno de los miembros de Plataforma, cursó con él y recuerda que algunos trabajos se realizaban en esa villa; ver J.C. Volnovich, “Bleger: la desgarrada soledad de un analista”, *Diarios clínicos*, n°5, 1992, p.121. Sobre la militancia de Kesselman, ver E. Carpintero; A. Vainer, *Las buellas de la memoria*, op. cit., I, p.106.

*La recepción de Plataforma Internacional.* Con la exploración inicial de las trayectorias de Bauleo y Kesselman, que no excluye el papel de otros integrantes de los grupos disidentes, he querido ilustrar el papel cumplido por esa trama menos visible en el sacudimiento ideológico que recaía sobre el círculo del psicoanálisis. Ambos participaron de las primeras reuniones de *Plataforma Internacional* e impulsaron el agrupamiento local. En una somera exploración del contexto internacional salta a la vista que los temas que convocaban a ese agrupamiento, integrado sobre todo por psiquiatras y psicoanalistas suizos e italianos, giraban en torno de los problemas de la formación y las relaciones en el interior de las asociaciones psicoanalíticas. El rechazo del autoritarismo, como un primer impulso que provenía del mayo francés, era el disparador de la contestación. *Plataforma Internacional* dejó de existir en los ochenta. La consecuencia más importante de su impulso crítico ha sido la pérdida del monopolio de la IPA sobre la administración de la formación psicoanalítica. En las palabras de dos de sus fundadores, Berthold Rothschild y Marianna Bolko: “no hay ninguna necesidad de un *training* psicoanalítico formalizado”.<sup>27</sup> En síntesis, lo que ha quedado es una impugnación doble: del artefacto de poder disfrazado de programa de formación y aprendizaje y de la ilusión de una pertenencia que refuerza a la vez el reflejo de obediencia y el encierro autosuficiente.

Otro era el destino soñado para el movimiento contestatario argentino en 1971. En ese año, poco antes de la renuncia colectiva, Hernán Kesselman publicaba en *Nuevo Hombre*, un artículo sobre *Plataforma Internacional*. El contracongreso de Roma quedaba situado en la estela de las grandes luchas europeas de 1968 pero también, en una asociación algo forzada, de las rebeliones sociales de 1969 en la Argentina.<sup>28</sup> Reivindicaba el papel de los sudamericanos (los argentinos en particular) en la orientación política que había llevado a *Plataforma Internacional* al segundo encuentro en Viena, en 1971, en el que se planteó el papel de “la teoría y la práctica psicoanalítica a la luz de los diferentes caminos hacia el socialismo”. De acuerdo con la orientación de la revista se afirmaba la necesidad de incluir las acciones de los psicoanalistas críticos en las luchas anticapitalistas y antiimperialistas de los pueblos del Tercer Mundo. El horizonte proyectado, entonces, no era el de la reforma institucional sino un compromiso que llegaba hasta “la posibilidad de participar en la creación colectiva del hombre nuevo”. Un nuevo psicoanálisis era requerido por el proyecto de un hombre nuevo en la nueva sociedad y sólo podía edificarse en el proceso de una revolución que debía cumplirse en el interior de los sujetos. El obstáculo mayor, para Kesselman, radicaba en el “intelectualismo”, sólo superable con la inclusión concreta del psicoanalista (y del intelectual en general) en las luchas de los explotados. En el final, el artículo anunciaba el fin de una época y contrastaba el dinamismo y la agitación del contracongreso con el silencio y la inmovilidad de la reunión oficial, en el lujo y los faustos del palacio Hofburg. Profetizaba “el final definitivo, no ya de un congreso internacional, ni del viejo psicoanálisis, sino de lo viejo, lo caduco y lo enfermo de todo un sistema”.

27 Marianna Bolko, Berthold Rothschild, “Una ‘pulce nell’orecchio’. Cronaca del controcongreso dell’*International Psychoanalytic Association* di Roma del 1969”, *Psicoterapia e Scienze Umane*, n.6, XL, 3, 2008, p.717.

28 H. Kesselman, “Plataforma internacional: psicoanálisis y antiimperialismo”, *Nuevo Hombre*, año 1, n°6, 25–31 de agosto de 1971; incluido en VVAA, *Cuestionamos*, op. cit.



*Psicoanálisis y marxismo.* Uno de los problemas principales, si no el mayor, en el plano teórico, del encuentro del psicoanálisis contestatario con la política implicaba la integración o la relación complementaria de Freud y Marx. El debate con Freud era necesario si se trataba de recuperar para el psicoanálisis una función científica transformadora. Y sin embargo ese debate estuvo mayormente ausente. En todo caso, había más de un Freud implicado en ese momento de conmoción de las tradiciones teóricas y de lectura de su obra. Marie Langer, por ejemplo, distinguía entre el “Freud científico” y el “Freud ideológico”. Pero cuando especificaba lo científico en Freud (“nos muestra cómo la ideología dominante se transmite, a través del superyó, de generación en generación y vuelve lerdo al hombre en su capacidad de cambio”) parece que es Marx el autor de referencia.<sup>29</sup> En el marxismo, entonces, anidaban las certezas desde las cuales el psicoanálisis debía ser recreado. Y el artículo citado de Langer, “Psicoanálisis y/o revolución social”, llevado al Congreso de Viena en 1971, muestra que la decisión de no “renunciar” al marxismo implicaba la recuperación de una identidad ideológica antes que una herramienta teórica. Si la lucha ideológica imponía su lógica en un espacio psicoanalítico privado, sostenido en la regla fundamental y la transferencia ¿cómo no ver allí la necesidad de una reformulación de algunas tesis freudianas?

En síntesis, en esa impugnación el lugar de Freud no dejaba de ser ambiguo. Por una parte, se trataba de rechazar su ideología, propia de un burgués ilustrado (ya lo había dicho Bleger); pero en cuanto a la obra misma y los conceptos, cuando Langer buscaba las marcas revolucionarias del psicoanálisis las referencias no salían del marco freudiano sino del marxista, de Althusser o del freudomarxismo reichiano, aun cuando confesaba que leyó a Reich recién en el tiempo de la ruptura.<sup>30</sup> Es sabido que no hubo en el núcleo contestatario quienes pudieran exhibir un interés más o menos permanente con la obra de Wilhlem Reich y, desde luego, nadie que hubiera siquiera propuesto algo semejante al movimiento del *sex-pol*. Reich no estuvo presente en el psicoanálisis renovado de los sesenta; y si aparece, en la mención de Marie Langer, de modo efímero, parece ser más un efecto que una fuente de la ruptura. En todo caso, el autor de *Psicología de masas del fascismo* venía a reemplazar a Politzer (leído por Bleger) como una figura que podía cumplir a la vez con el imperativo político y con la reivindicación del psicoanálisis como disciplina asociada al impulso de la revolución.

Los problemas teóricos, intelectuales y políticos de la relación entre marxismo y psicoanálisis habían sido planteados de un modo muy diferente por José Bleger en un artículo de 1962, que se reproduce en *Cuestionamos*.<sup>31</sup> El planteo epistemológico blegeriano se anticipaba a refutar la perspectiva de una integración de marxismo y psicoanálisis como “ciencias complementarias”, al mantener una distinción entre el psicoanálisis como un campo científico particular y el marxismo como “una concepción unitaria del mundo”, por lo que denunciaba como un error la comparación en pie de igualdad. Con ello no hacía sino mantener una postura consistente con la que había adoptado en su obra de 1958 y con los argumentos que expuso a lo largo de la polémica previa a su separación del PC.<sup>32</sup> Bleger fue

29 M. Langer, “Prólogo”, *Cuestionamos*, op. cit., pp.14–15.

30 Idem., pp.15–17.

31 J.Bleger, “Psicoanálisis y marxismo”, *Cuestiones de Filosofía*, Buenos Aires, 1962, 1, n° 2, pp. 60–73. Reproducido en M.Langer (comp.) *Cuestionamos*, cit.

32 Ver H. Vezzetti, *Psiquiatría, psicoanálisis y cultura comunista. Batallas ideológicas en la Guerra Fría*, op. cit., cap.4.

notablemente coherente en su pensamiento sobre este punto a lo largo de quince años, tal como lo demuestran sus intervenciones en una mesa redonda, en 1965, en la que polemizaba con León Rozitchner y Antonio Caparrós.<sup>33</sup>

En el pasaje de los sesenta a los setenta algo permanecía y algo cambiaba profundamente en la trama de relaciones del psicoanálisis con el campo intelectual. Persistía como un legado el proyecto de transformación del legado freudiano con miras al cambio social. Pero del artículo de Ulloa que reconocía la diferente legalidad del encuadre psicoanalítico respecto de las relaciones en la institución, se podía deducir una distinción equivalente en términos del alcance de la neutralidad: es diferente en la situación psicoanalítica que en la intervención pública, intelectual, del psicoanalista; en eso Freud había mostrado un camino, cambiaba la agenda en la medida en que el motivo mayor de la revolución imponía otra configuración imaginaria y discursiva. El conflicto había irrumpido en el espacio mismo que Bleger había contribuido a construir, fuera de la APA, en la Carrera de Psicología. Allí, en la nueva izquierda universitaria, se combinaban diversos componentes: el impacto ideológico de la revolución cubana y una renovación del marxismo que avanzaba incontenible por fuera de la ortodoxia del PC. Bleger, que había sufrido tempranamente la censura del Partido en nombre de los dogmas del estalinismo va a ser querrellado en la universidad, desde mediados de los sesenta, por la nueva configuración ideológica revolucionaria.

Ni Pichon Rivière ni Bleger acompañaron a los renunciantes de la APA, aunque de algún modo fueron incluidos por Langer, quien los menciona en el prólogo de *Cuestionamos*. Pichon estaba enfermo y no había participado del proceso previo; en cuanto a Bleger, la anécdota es conocida: la noche de la renuncia esperaron en vano, hasta la madrugada, que se sumara su firma a la de los renunciantes. Si Bleger eligió quedarse en la APA, a partir del artículo de 1962 es posible entender las razones. Y el hecho de ser incluido en *Cuestionamos*, además de mostrar que el reconocimiento intelectual e ideológico hacia él superaba la separación impuesta por la ruptura, hacía emerger un problema que estaba, en general, ausente en el conjunto de las intervenciones: lo que se arriesgaba a perder de Freud con una adscripción demasiado compacta al marxismo como sistema de pensamiento y de creencias. De cualquier manera, queda pendiente una investigación en profundidad de la posición de Bleger, las discusiones con las que acompañó la fractura, y la estrecha relación posterior que mantuvo con muchos de los que se fueron.<sup>34</sup> M. Langer había anunciado, en su trabajo en Viena, que ahora no iba a renunciar ni al psicoanálisis ni al marxismo; en una intervención póstuma Bleger parecía responderle, sin nombrarla, cuando señalaba que, en la separación entre el psicoanálisis y el marxismo, “se ha dado una polarización hacia el otro extremo: un retorno al marxismo o a la izquierda coincide

---

33 Véase VVAA, “Ideología y Psicología concreta”, *Cuadernos de Psicología Concreta*, n°1, 1969. H. Vezzetti, “Los comienzos de la psicología como disciplina universitaria y profesional: debates, herencias, proyecciones sobre la sociedad”, en Federico Neiburg y Mariano Plotkin (eds.), *Intelectuales y Expertos La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004.

34 Bleger murió en 1972. En un trabajo póstumo, que no sabemos si tenía la intención de publicar, se refiere muy críticamente a la ruptura. Ver J. Bleger, “La APA, el psicoanálisis y los psicoanalistas”, *Revista de Psicoanálisis*, XXX, 2, 1973.



con un abandono y una renuncia al psicoanálisis”.<sup>35</sup>

*La Federación Argentina de Psiquiatras, el PC y la URSS.* La recuperación del sentido de la ruptura de 1971 ha quedado en gran medida fijada por el testimonio de sus protagonistas más destacados, sobre todo Marie Langer y Emilio Rodrigué. Como se vio, en esa recuperación lo que se reitera es la experiencia de un verdadero descubrimiento de la política a partir del impacto de la lucha popular de 1969. Se conjugaban el impacto conmocionante de la conflictividad social de masas con la función imaginaria de las luchas, sobre todo estudiantiles, que se extendían por el mundo. Y dado que uno de los impulsos que llevó a la creación del grupo disidente argentino nació en Roma con el movimiento *Plataforma internacional*, la rebelión de los psicoanalistas puede ser considerada tanto hija de las luchas sociales cordobesas como de los ecos europeos del mayo francés.

En el plano local, para que las luchas sociales se introduzcan en el mundo reservado de los psicoanalistas fue necesaria una experiencia de participación en la Federación Argentina de Psiquiatras (FAP), vivida como una verdadera práctica de pasaje desde el interior cerrado de la organización al espacio político público:

“Allí pudimos adquirir, nosotros, psicoanalistas de alta categoría, ‘calle’ en un sentido político”... “Estábamos juntos futuros miembros de Plataforma y Documento con psiquiatras comunistas y otros, pertenecientes a pequeños grupos izquierdistas, y psicoanalistas ‘por la libre’”.<sup>36</sup>

La FAP había surgido en 1959 en un período de reformas de la asistencia y de la organización profesional posterior a la caída del peronismo. Nucleaba psiquiatras de muy diversa orientación, no sólo los profesores de las cátedras y los responsables de los hospitales psiquiátricos sino también algunos psicoanalistas, como Pichon y Bleger, que participaban de los congresos periódicos realizados por la organización. Un núcleo de psiquiatras comunistas se constituyó en un polo activo de la organización y hacia fines de los sesenta varios psicoanalistas comenzaron a actuar en la comisión directiva de la sección de la Capital: Bauleo (también Kesselman, que no pertenecía al PC) fue vocal desde 1968; Rodrigué fue elegido presidente en 1969.<sup>37</sup> Este último llegaba a ese cargo de un modo inesperado, sin haber actuado previamente en la entidad. Gervasio Paz, un psiquiatra que era miembro del grupo comunista, entonces presidente de FAP a nivel nacional, le ofreció el cargo e hizo los arreglos para que fuera elegido. Rodrigué admite que no sabía muy bien qué era esa institución y agrega que allí su vida empezó a tomar un “rumbo ideológico determinado por otros”.<sup>38</sup>

Rodrigué se había convertido en una figura pública, con perfil de escritor, a partir de su novela *Heroína*, un best seller publicado en 1969.<sup>39</sup> Luego, Marie Langer va a ser Presidenta

35 J. Bleger, “La APA, el psicoanálisis y los psicoanalistas”, op. cit., p.526.

36 M.Langer, “Prólogo”, *Cuestionamos*, op. cit., p.18.

37 E. Carpintero; A. Vainer, *Las huellas de la memoria*, op. cit., II, p.35.

38 E. Rodrigué, *El libro de las separaciones*, op. cit., p.115.

39 La novela es de 1969 y fue un best seller. En 1972 se hizo la película dirigida por Raúl de la Torre, con guión de Rodrigué y de de la Torre. Rodrigué actuaba en el film junto con Graciela Borges, Eduardo Pavlovsky y

de FAP Nacional en 1972. De modo que los psicoanalistas más encumbrados del grupo disidente llegaron a la FAP, el medio que les habría permitido salir del encierro en la APA y vincularse con la política, de la mano del PC. En los compromisos que asumieron no hubo, entonces, mucha “calle”, si por tal se entiende una militancia asociada a prácticas políticas en frentes de masas. Esa experiencia era aportada por los miembros más jóvenes. Al indagar la escena de cerca, se advierte que los mayores llegaron a la política por un efecto de arrastre y de cooptación más que por un descubrimiento: fue un “rumbo ideológico determinado por los otros”, para reiterar la expresión usada por Rodríguez.

Cabe una primera observación respecto de las posiciones de los comunistas argentinos. En menos de diez años, desde los tiempos de la expulsión de Bleger, habían cambiado su juicio sobre el psicoanálisis o, al menos, sobre los psicoanalistas, ahora considerados como aliados en el trabajo que venían desarrollando en el campo de la salud mental. El trabajo político-gremial de los psiquiatras del PC con los psicoanalistas se pondrá de manifiesto con una invitación a visitar la URSS, en 1971. La delegación de psicoanalistas que se habían incorporado a la FAP incluía, entre otros, a Langer, Rodríguez (que dejó testimonios escritos de ese viaje), Bauleo, Pavlovsky, Ulloa, Diego y Gilou García Reinoso.<sup>40</sup> El abismo doctrinario que había llevado a la denuncia ideológica del psicoanálisis como una deformación burguesa se había atenuado en un tiempo en el que las figuras mayores de esa guerra contra el freudismo habían entrado en el ocaso.<sup>41</sup>

El PC venía perdiendo presencia y prestigio en la relación con el mundo intelectual: en 1963 se había separado el grupo que editaba *Pasado y Presente*, en Córdoba. En 1968 perdía la mayor parte de la juventud que pasó a formar el Partido Comunista Revolucionario (PCR), con una orientación inicialmente guevarista, y algunos psiquiatras jóvenes de la nueva organización formaron una agrupación para militar en la FAP Capital. En el campo psiquiátrico y en las relaciones con el mundo “psi” habían quedado relegadas las figuras que dominaron en la década pasada: Jorge Thénon y César Cabral. El pavlovismo estaba en retirada y consiguientemente parecía posible, para algunos al menos, una relación más abierta con el psicoanálisis; y en esos años, algunos psiquiatras del PC entraron en análisis. Pero el cambio era tardío. El desencuentro con los nuevos tiempos quedaba demostrado palpablemente con el testimonio de Gervasio Paz, que había estado estrechamente ligado a la corriente pavloviana: había entrado en análisis con Marie Langer y trataba de ingresar a la APA cuando la fractura lo tomó por sorpresa.<sup>42</sup> El activismo del viejo partido soviético en la nueva relación con los psicoanalistas, fue no sólo tardía sino poco eficaz, si se ven

---

Lautaro Murúa.

40 Rodríguez se refiere al viaje en dos de sus obras autobiográficas. E. Rodríguez; Martha Berlin, *El antioyo*, Madrid, Fundamentos, 1977; E. Rodríguez, *El libro de las separaciones*, op. cit. Una breve crónica de la visita, que incluía psiquiatras, psicoanalistas y psicólogos argentinos y uruguayos, se encuentra en Mario Golder y Alejandro González, *Freud en Vigotsky. Inconsciente y lenguaje*, Fundación de Investigaciones sociales y políticas, Ateneo Vigotskyano de la Argentina, Buenos Aires, 2006, pp.124–126.

41 Sobre la impugnación comunista del psicoanálisis, en Francia y en la Argentina, ver H. Vezzetti, *Psiquiatría, psicoanálisis y cultura comunista. Batallas ideológicas en la Guerra Fría*, op. cit.

42 Sobre la decisión de Paz de entrar a la APA, ver E. Carpintero; A. Vainer, *Las huellas de la memoria*, op. cit., II, p.47. De acuerdo con el testimonio de Juan Carlos Volnovich, Paz se analizaba con M. Langer y Antonio Caparrós con Ulloa; ver idem, I, p.175.



los resultados del viaje a la URSS y los países del socialismo real: la experiencia no llevó a incrementar su escasa influencia en el medio psi. Y si, como dice alguno de los invitados, esperaban ganar afiliados, sólo consiguieron la adhesión efímera de Rodrigué, que firmó en un estado de borrachera y después se arrepintió.<sup>43</sup>

La visita fue programada con todo esmero por los anfitriones. Se mostraban interesados en discutir las relaciones posibles del psicoanálisis con la ciencia psicológica soviética: hubo encuentros en la Facultad de Psicología de la Universidad de Moscú, escucharon clases de Alexander Luria y Alexis Leontiev y, a pedido del grupo visitante, tuvieron un encuentro con Filipp Bassin, quien había publicado un libro sobre el problema del inconsciente.<sup>44</sup> Marie Langer aparece como la más comprometida en ese encuentro posible del psicoanálisis con la psicología soviética. Ella fue quien buscó la reunión con Bassin; luego hizo traducir y publicó su libro sobre el inconsciente para el cual escribió un prólogo donde mostraba su interés en explorar las convergencias posibles con el psicoanálisis. Pero las preguntas que formulaba, en 1972, no eran sólo teóricas o doctrinarias; también se interrogaba sobre el lugar del psicoanálisis en un régimen socialista. Parecía considerar que el socialismo iba a implantarse en la Argentina y no concebía que pudiera ser distinto de lo que mostraba el modelo soviético.<sup>45</sup> Langer, en una evocación retrospectiva cuestionaba que los científicos y los psiquiatras soviéticos no admitieran el psicoanálisis pero elogiaba el servicio de socioterapia en el hospital psiquiátrico de Moscú.<sup>46</sup>

En 1968 los tanques soviéticos habían entrado en Praga, una invasión que fue condenada por los principales partidos comunistas de Europa y apoyada por Fidel Castro. Hacia 1971 se conocían las primeras denuncias sobre la utilización del dispositivo psiquiátrico en la represión de los disidentes; y el conflicto chino-soviético estaba en su punto máximo. José Bleger había protagonizado, casi diez años antes, una visita muy diferente sumamente crítica: preocupado por la situación de los judíos, había denunciado el antisemitismo en la patria de Lenin y de Stalin.<sup>47</sup> Ninguno de esos problemas parece haber estado entre las preocupaciones de Langer ni en las de los psicoanalistas de izquierda que visitaron la URSS; parecían, en ese sentido, alejados de la configuración de la nueva izquierda que, en esos años, tanto en la Argentina como en Europa, rompía con la hegemonía soviética. El PC había perdido su liderazgo intelectual y político y su programa reformista recibía los cuestionamientos cruzados de las nuevas tendencias revolucionarias en la izquierda y en el peronismo. Ese proceso se había acentuado para la época en que Langer ofrece su testimonio, hacia 1980, en *Memoria, historia y diálogo psicoanalítico*. Sin embargo, en la evocación

---

43 El episodio, entre patético y desopilante, es narrado dos veces. Ver E. Rodrigué, *El antiyo yo*, op. cit., p.12–15, y *El libro de las separaciones*, op. cit., pp.149–142.

44 Ver el testimonio de M. Langer en *Memoria, historia y diálogo psicoanalítico*, México, Folios, 1981, p.102. Una versión desgrabada del encuentro con Bassin se encuentra en M. Golder y A. González, op. cit.

45 M. Langer, “Prólogo”, en F.V. Bassin, *El problema del inconsciente*, Buenos Aires, Granica, 1972. En M. Golder y A. González, op. cit., pp.143–146.

46 M. Langer, *Memoria, historia y diálogo psicoanalítico*, op. cit., p.102.

47 J.Bleger, “Los judíos en la Unión Soviética” (1963), en VVAA, *Nacionalidad oprimida. La minoría judía en la URSS*, Montevideo, Ediciones Mordejai Anilevich, 1968. El artículo había sido publicado en *Nueva Sión*, Buenos Aires, en 1963. Para algunos esa crítica de Bleger fue el motivo determinante de su separación del PC. Ver A. Dagfal, op. cit., p.345.

retrospectiva de la visita, así como en sus expresiones públicas, se mantiene fiel a la línea soviética, afiliada con las posiciones cubanas.

Rodrigué evoca el viaje en el registro de la parodia. Es evidente que no tiene ninguna simpatía por el régimen soviético en la era Brézhnev. Pero el modo más desafiante que encuentra para demostrarlo es llevar marihuana y fumarse un porro ante las murallas del Kremlin. La otra anécdota destacada del viaje es el episodio ya mencionado, en la visita a una bodega en Bulgaria, en el que alguien que no identifica, un “guacho del PC argentino”, se aprovecha de su estado pasajero de embriaguez para afiliarlo.<sup>48</sup> Por otra parte, no hay en sus muchos escritos de memorialista interrogantes o juicios retrospectivos acerca de los problemas conceptuales o políticos de la relación del psicoanálisis con el marxismo o con las posiciones del comunismo soviético. En su derrotero, que siempre aparece determinado por las acciones de otros, aceptó después afiliarse al peronismo, convencido por la insistencia de Kesselman; y dejó el testimonio de una insólita columna psicoanalítica que, en 1973, marchó a Ezeiza a recibir al General Perón.<sup>49</sup> Durante el breve gobierno de Cámpora, Langer y varios de los renunciados se incorporaron a la universidad, en manos del peronismo montonero, en la cátedra de Psicología Médica, a cargo de Kesselman.

*Finale.* En las reconstrucciones o en los testimonios sobre la ruptura y sus consecuencias casi siempre se ha puesto el foco en las primeras figuras del elenco psicoanalítico, notoriamente Langer y Rodrigué. Pero de lo expuesto hasta aquí, y del repaso de los testimonios, se desprenden las características y los límites de la politización que los involucraba. La política casi siempre les venía de afuera: las invitaciones de militantes del PC o del peronismo, la FAP, Plataforma internacional, etc. Rodrigué ofrece una versión extrema y paródica de esa relación externa con la política. Pero también Gilou García Reinoso dice que la decisión de la ruptura “fue impuesta por algunos dentro de Plataforma”: probablemente se trataba del núcleo radicalizado que encabezaban Kesselman y Bauleo.<sup>50</sup>

La disposición antiinstitucional estaba en la sensibilidad de la época, pero no necesariamente debía conducir al cisma: Pichon Rivière o Bleger habían mostrado que era posible trabajar fuera de la APA, hacia la sociedad, sin necesidad de romper con la organización. Para que se instale el ánimo rupturista será necesario que la razón política, bajo la forma dominante de una voluntad revolucionaria, imponga la lógica de la guerra sobre los conflictos del sector. El referente mayor de ese relieve épico de la política, como transformación radical y lucha colectiva, fue el Cordobazo, que quedó incorporado y asociado a la autorrepresentación que el grupo psicoanalítico hacía de su disidencia pública. La rebelión en Córdoba se erigía simultáneamente en emblema y marca unificadora en el discurso y las acciones de la nueva izquierda y otorgaba un sentido y una identidad a los psicoanalistas. En consecuencia, en el mismo movimiento en el que el núcleo disidente buscaba afiliarse al movimiento político de masas se enfrentaba con el riesgo de relegar

48 Ver E. Rodrigué, *El Antiyo-yo*, op. cit., pp.40 y p.14.

49 También este evento está contado dos veces. Ver E. Rodrigué, *El Antiyo-yo*, op. cit., pp.16–17; *El libro de las separaciones*, op. cit., pp.149 y 152–154. M. Langer iba al frente de la pequeña columna de la FAP.

50 E. Carpintero; A. Vainer, *Las huellas de la memoria*, op. cit., II, p.43.



el objeto y la razón de su disciplina.

El fantasma de una lucha total imponía su lógica por encima de las diferencias en la naturaleza de los conflictos (teóricos, políticos, institucionales, de formación) que convergían sobre el campo psicoanalítico. Se encarnaban, por ejemplo, en el significante *princeps* que apuntaba a la restitución de una identidad político-social: *trabajadores* de la salud mental. César Cabral, viejo militante del PC, en una carta a Rodrigué, señalaba la incongruencia de ese desclasamiento imaginario. En la carta se refería al proyecto de creación de la Federación de Trabajadores de Salud Mental (que finalmente se llamó Coordinadora de...) y señalaba la ausencia de los verdaderos trabajadores, el personal de enfermería. En síntesis, cuestionaba el ultraizquierdismo del emprendimiento. Por un lado, señalaba que encarar una coordinación “de las luchas de psiquiatras, psicólogos, visitantes sociales, psicopedagogos, enfermeros, no supone necesariamente agruparlos a todos en una organización única”. Exponía el riesgo de marginar a los que no estuvieran a la altura del “grado de conciencia revolucionaria de los promotores de la nueva organización”. Y terminaba expresando el temor de que “la Federación no se convierta en un juguete rabioso que agote en teorizaciones revolucionarias abstractas el gran deseo de lucha que a todos nos anima”.<sup>51</sup>

En conclusión, en las condiciones de la fractura del psicoanálisis en 1971 ha jugado una trama de cambios que se despliegan a lo largo del período y comprende un conjunto variado de espacios, motivos y actores. No alcanza, entonces, con la reconstrucción testimonial de sus protagonistas. El sello político que la marcó, al ponerla bajo el manto del marxismo y de la izquierda política, ha sobrecargado la recuperación de lo acontecido con la historia posterior, el terrorismo de Estado y la represión desatada sobre el campo intelectual y el espacio psi. Se trata de un capítulo esencial de la historia reciente del psicoanálisis tanto como de la historia de la cultura de izquierda en la Argentina. Pero hay más de una memoria de izquierda y como toda historia, conlleva algo de un conflicto por los sentidos del acontecimiento. En definitiva, no hay un balance final para ofrecer; menos en un presente tan diferente, en el que han entrado en crisis muchas de las convicciones que en esos años alimentaban una identidad de izquierda. Se trata, en todo caso, de mantener abierto un debate capaz de trabajar sobre ese pasado y traducirlo en nuevos problemas para el pensamiento del psicoanálisis.

---

51 C. Cabral, carta a E. Rodrigué, del 14 de enero de 1972. Mi archivo personal. Agradezco a Roberto Harari, quien me la proporcionó hace unos años, como parte del material que conservaba de su gestión en la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires.